

DISCURSO

DE

DON JOSÉ PAGNIUGGI ZUMEL

LEIDO EN JUNTA PÚBLICA DE 15 DE NOVIEMBRE DE 1859.

CONCEPTO DE LA ESCULTURA ANTIGUA Y MODERNA.

SEÑORES: Si hay un momento en la existencia del artista grato á su corazon; si hay un dia, cuyo recuerdo deba ejercer en su vida futura benéfico influjo, ese momento, ese dia son aquellos en que, llamado ante la Congregacion ilustre, en cuyo seno me veo, vá á recibir, no el premio de sus esfuerzos, de su inagotable amor al noble arte que cultiva, sino el estímulo que las inteligencias superiores y los corazones generosos prodigan á aquellos á quienes quieren hacer más fácil y grato el áspero camino, por ellos con tanta gloria recorrido.

En tal situacion me haria digno de la más severa censura, si ante todas cosas no me apresurase á declarar, que sólo como estímulo de parte de tan ilustres maestros, y de ninguna manera como recompensa, que ni mis cortas fuerzas, ni mis años, ni mi escasa inteligencia, ni mi amor á las artes, vivo y profundo si, pero no iluminado por esa mágica luz que tan prodigiosa claridad y tantas bellezas ha derramado sobre las obras de los académicos que me escuchan, entiendo que debo considerar el señalado honor que en este dia habeis querido dispensarme.

Poco versado en la oratoria y careciendo de los conocimientos literarios, con que muchos, más felices que yo, saben realzar sus méritos en las artes, no exornaré este mi breve discurso con las galas, los pensamientos profundos, el estilo severo ó agradable, de

que han dado tan relevantes muestras distinguidos académicos. No siempre la mano que emplea el lápiz, el buril ó el cincel, es igualmente hábil y diestra en manejar la pluma. Requierense para esto dotes singularísimas, que no se me oculta fueron negadas á mi escasa inteligencia, y por eso me acojo desde luego al sagrado de vuestra inagotable bondad, y la imploro, con la seguridad de que no la habeis de rehusar á este parto pobrísimo de mi erudicion y de mi ingenio, no menos pobres ciertamente.

Otros títulos, distintos merecimientos se necesitan en mi entender para venir, tranquila la conciencia á este recinto, á sentarse entre las glorias artísticas de nuestra patria, dignos sucesores los unos de los ilustres maestros españoles, dignos tambien los otros de inscribir sus nombres al lado de los de Cean Bermudez y de Llaguno.

Investigando las causas á que debo una elección tan honrosa como inmerecida, no puedo atribuirla sino al sábio sistema con que la ilustre Corporación creada por aquel monarca, restaurador de las letras y las artes en España, Felipe V, procede para mantener constante, por medio de un ilustrado patrocinio, el culto de las Nobles Artes, que tanto debieron al vencedor de Villaviciosa, al instituidor de las Academias de la Lengua y de la Historia, y á sus gloriosos sucesores.

Séame dado, que antes de pasar á exponer mis escasas ideas en la materia que he de tratar en este discurso, alce la voz para rendir justísimo tributo á la memoria de aquel esclarecido monarca, en cuyo reinado Fermín y Thierri, Castro y Olivieri, empleados de continuo y protegidos por él, dieron los primeros pasos para la restauración de un arte decaído, cuando Felipe era llamado al sólio de San Fernando, y que á poco andar contaba ya maestros como Alvarez, Agreda, Ginés y otros, que obteniendo cargos distinguidos en esta misma Corporación, contribuyeron á restablecer la enseñanza, abandonada hasta entonces, difundiendo al par los buenos principios, que han servido de fundamento en todas las edades al desarrollo de las artes.

Permitidme, Señores, que despues de recordar época tan venturosa para el florecimiento de la escultura en nuestra pátria, me atreva á exponer algunos pensamientos acerca de este noble arte, al cual he dedicado mi vida, si no con fruto, al menos con verdadero anhelo de buen éxito.

Suele repetirse que el arte es una imitacion de la naturaleza, máxima que acatada hoy dia entre algunos artistas más que lo ha sido nunca, pudiera producir lastimosos efectos, si á tiempo no se pusiese el oportuno correctivo. El arte, en efecto, toma sus modelos ó prototipos visibles del mundo real; pero éste jamás podrá suministrar al artista todos los elementos de una obra verdaderamente notable, si su génio no le eleva á las regiones de la creacion ideal, señalándole al propio tiempo el modo de dar vida y expresion á la materia.

El artista, pues, no debe en mi concepto concretarse á la imitacion minuciosa de los modelos que le ofrece el mundo exterior, ni tampoco á la de aquellos que, legados por la antigüedad á las generaciones posteriores, y habiendo, por decirlo así, recibido la consagracion de una admiracion constante de parte de éstas, han venido á formar autoridad, que muchos siguen ciegamente; negando no sólo que pueda darse obra más perfecta, lo cual no seria maravilla, sino que pueda tener mérito alguno obra que se aparte de los caractéres peculiares de aquellas clásicas y aplaudidas producciones.

En el arte, la belleza suprema es resultado á un tiempo de la idealizacion y de la imitacion propiamente esthética; de tal manera, que prescindir de una de estas dos condiciones fundamentales, es exponerse, ó á producir una forma sin vida, ó á faltar voluntariamente á las reglas y proporciones inmutables de la naturaleza. Estas consideraciones son aplicables tambien á todas las artes; pero concretándose ahora á la Escultura, ¿quién duda de que, si bien la severidad, la elegancia y la armonía de las líneas son de inmensa importancia para este arte sublime, pide tambien con absoluto imperio, que se concilien y aparezcan en cierto modo subordinados á la expresion de la vida?

No basta, no, un buen modelo para producir una buena obra: es necesario mucho más. Es necesario un ideal; y la estatuaria griega, cuya autoridad exageran unos, mientras la recusan en parte los que quieren reducir la Escultura á la imitacion del modelo vivo, nos ofrece elocuente demostracion de esta verdad en las obras mutiladas ó completas, cuya posesion se disputa y cuyas grandes bellezas admira la Europa.

La Escultura antigua no se opone á la docta é inteligente imitacion de la naturaleza; pero no vé en ella más que un medio, y nunca la considera como el fin último del arte. No se conservan la mayor parte de las obras de Fidias, celebradas con tanto entusiasmo por Plutarco y Pausánias; pero el Teseo del Partenon y algunos fragmentos salvados de la accion destructora del tiempo, dan bien á entender, que si Fidias demandaba á la naturaleza los términos de que se servia para expresar su pensamiento, su mano hábil y enérgica no empuñaba el cincel sino cuando la meditacion habia encendido su noble espíritu, elevándole al cielo de Homero y de Hesiodo.— Así pudo exclamar el grande Séneca al contemplar el Júpiter del famoso estatuario de Atenas: *Non vidit Phidias Iovem, fecit tamen velut tonantem.*— El génio de Fidias vive, pues, en las verdaderas regiones del arte: al mismo tiempo que estudia y analiza el modelo vivo, halla constantemente su idealizacion, purificando en la turquesa de su imaginacion creadora las imperfecciones de la naturaleza; las figuras del Partenon nos dicen cuáles fueron los resultados de tan admirables dotes.

El elemento de la Escultura no es, sin embargo, la forma simplemente como forma, sino como expresion inmediata de la idea. La historia del arte nos suministra datos suficientes para apreciar el progreso de la Escultura en este sentido. Humilde en su origen, copia y transfiere algunos rasgos de los animales más nobles, y los combina simbólicamente con la figura humana, como vemos en las obras de los egipcios. El Egipto, como primer heredero del Oriente, fué la tierra del simbolo; mas no por eso debemos negar que aquel pueblo fué artista por excelencia, y que mostró una actividad infa-

tigable para satisfacer aquella necesidad de representacion simbólica que le atormentaba. La forma arquitectónica fué, sin embargo, la que prefirió para expresar sus concepciones artísticas. «El Egipto, dice Hegel, era ante todo un pueblo arquitecto; la arquitectura constitua la ocupacion, la vida de aquella nación cubierta de monumentos, que en ninguna otra parte existen en tal cantidad ni bajo formas tan variadas.»

La religión, el clima, los usos y costumbres de los pueblos determinan el carácter de la Escultura en sus diversas épocas. Así vemos reflejada la inmovilidad de la civilización egipcia en las simbólicas y deformes obras de sus escultores. La religión les prohibía el estudio del modelo humano y de la anatomía, y por eso sus estatuas habían de carecer de acción, de movimiento y precisión en la forma. Los artistas gozaban de poca consideración; no se dedicaban al arte en virtud de una vocación libre; la ley y el interés de las castas obligaban al hijo á suceder á su padre, no sólo en su estado, sino en los procedimientos ó modos de ejecución heredados de sus mayores. Esto explica por qué se advierte en la Escultura egipcia una falta total de libertad en las líneas y una absoluta inmovilidad.

La Escultura de los etruscos forma luego una especie de transición entre el arte egipcio y el griego. La inmovilidad, carácter constante de los primeros ensayos en las artes, predomina todavía en el etrusco, que sin embargo, presenta ya mayor energía y demuestra mayor estudio anatómico.

Sólo la Grecia debía realizar el ideal de la belleza clásica. Verdad es que se reunian en aquella nación las condiciones más favorables para este objeto. Su posición geográfica, el génio nacional, su carácter moral, su vida política, todo debía contribuir á la realización de la idea de la belleza clásica, cuyos caractéres son la proporción, la medida, la armonía. Colocada entre el Asia y la Europa, la Grecia realiza la unión de la libertad personal y de las costumbres públicas, de la ciudad y del individuo, del espíritu general y del particular. El sentimiento de esta armonía se manifiesta en todas las producciones del espíritu griego. El arte llegó entonces al apogeo

de la belleza sensible ; el culto de lo bello fué el principal objeto de la vida de aquel pueblo ; la religion y el arte se identificaron, y todas las demás formas de la civilizacion griega quedaron subordinadas al último. Todo, en aquel afortunado pais invitaba y contribuia al culto de las artes: lo suave del clima, lo bello de la naturaleza, las ceremonias ó espectáculos de la religion gentilica, su sistema político, la proteccion que los artistas encontraban lo mismo de parte del pueblo que de sus jefes y aun de sus conquistadores. Sócrates, artista é hijo de artista; modelaba la estatua de las Gracias; Pitágoras era asimismo hijo de escultor: filósofos y médicos escribieron con el exclusivo objeto de dar á conocer á los artistas nociones y reglas de la anatomía; y cuando aquellos, despues de una vida llena de gloria, abandonaban la terrenal morada, su tumba era colocada entre las de los sábios y de los héroes.

Alejandro el Grande, vencedor en el Gránico y en Arbelas, consagraba á las artes los ocios que le permitian sus victorias y conquistas. Mas por desgracia, aquellas como éstas vinieron á su muerte en comun decadencia; y las artes, fugitivas de Grecia por el estruendo de las guerras civiles, se refugiaron en las colonias griegas del Asia y de Sicilia para pasar á Roma, no vencidas ni esclavas, sino triunfantes y vencedoras. Aténas, Corinto, Tébas, se vieron despojadas de sus tesoros artísticos por el Conquistador; y los templos de Délfos, de Efeso y de Epidauro, sagrados museos donde el arte griego habia acumulado sus joyas más preciadas, miraron desnudo y desierto su recinto, mientras las plazas y palacios de la Ciudad por excelencia se embellecian con las riquezas que les habian arrebatado. Pero el arte griego, despues de haber poseido y revelado la belleza suprema, no habia seguido siempre la senda que Fidias le trazara. Policleto, Calimaco y Demetrio comenzaron á apartarse de lo ideal; Praxiteles y Lisipo revelan en sus obras el sentimiento de la belleza; pero estiman en más la elegancia que la sencillez. En fin, despues de la particion del imperio de Alejandro, el arte griego toma un carácter más teatral en la escuela de Rodas, á la que se cree pertenece el famoso grupo de Laoconte.

Los romanos recibieron y aprendieron de los griegos la Escultura, la Pintura, la Música y la Poesía; pero en vano buscaríamos entre ellos arte alguno que tenga verdadero carácter de espontaneidad. La Escultura romana se consagró principalmente á la reproducción en bustos y estatuas de sus héroes y de sus emperadores, cosa que se explica por el carácter peculiar de aquel pueblo. El espíritu del mundo romano era el dominio de la letra muerta, la destrucción de la belleza, la falta de serenidad en las costumbres, la antipatía á los afectos domésticos y naturales, y en general el sacrificio de la individualidad en aras del Estado, la dignidad impasible en la obediencia á la ley. Esta virtud política, ruda, fria y austera, sometió en el exterior á todas las demás naciones, mientras que en el interior se desarrollaba el derecho con el mismo vigor y la misma exactitud de formas hasta alcanzar la perfección. Pero este principio era contrario al arte verdadero, y por eso la escultura, obedeciendo la tendencia nacional, abandonó la senda que había seguido en Grecia, y apenas brilló más que en la parte histórica, en los bustos de los héroes y de los legisladores, materia en la cual se elevó en efecto á grande altura. El lujo y frenesi de los retratos llegó en Roma á tal extremo, que hubo tiempo en que el Senado impuso á los ciudadanos la obligación de tener en sus casas los bustos de los Emperadores.

Las artes como la civilización, no mueren, ni aun retroceden; puede á veces suponérselas eclipsadas; pero al cabo se viene á descubrir que no han hecho más que cambiar de forma, adoptando la más adecuada al génio y espíritu de su época, del cual son aquellas hijas y reveladoras. Sucedió así durante el cataclismo que acabó con el imperio colosal de los Césares. En la edad media, sepultadas las obras y tradiciones de la antigüedad, destruidos sus tesoros más preciosos, pudo creerse que las artes habían para siempre desaparecido; y sin embargo, si bien la Pintura y la Escultura permanecieron por mucho tiempo en un estado de abatimiento suficiente para justificar aquella creencia, la religión cristiana, inspirando arquitectos sin nombre, pero animados por un génio creador, levantaba

por toda Europa esos templos admirables, á cuya protectora sombra habian de venir á acogerse las demás artes.

Con la edad media nació la Escultura cristiana, que al principio se limitó á ser ornamento de la arquitectura, colocando á los santos en nichos ó torrecillas, mientras que el nacimiento, el bautismo, la resurrección y otras escenas de la Vida de Cristo ó del Juicio final, se ven representadas en relieve sobre las puertas de las iglesias ó á lo largo de los muros. El martirio, el arrepentimiento, la conversión proporcionaron al arte cristiano asuntos sublimes, que le dieron un carácter propio, completamente diverso del que había tenido en las edades anteriores.

Natural es que quien no vé en las artes más que la forma, piense que el cristianismo en nada ha podido servirlas; pero los que atienden á su espíritu, verán en el arte cristiano una transformación lógica, exigida por la que se había realizado en las ideas y en la religión. En vez de divinidades ideales que no existían más que en la imaginación, y que no eran más que la naturaleza humana idealizada, el arte cristiano representa á Dios mismo, que se hace hombre y que recorre como tal todas las fases de la vida humana; el nacimiento, el dolor, la muerte: como Dios, anticipa también el misterio de la resurrección de la carne.

El resultado de aquella concepción religiosa es dar al arte por fondo principal de sus representaciones la lucha, el combate, el dolor y la muerte, la profunda tristeza que inspira la nada de la vida, el padecimiento físico del cuerpo, y el sufrimiento moral del alma. El dolor infinito de este sacrificio, esta idea del padecer y de la muerte, que eran casi completamente agenes al arte clásico, se hallan por primera vez representadas en el Cristianismo. Para los griegos la muerte tenía escaso interés, porque daban poca importancia á su personalidad y á su naturaleza espiritual; pero cuando el alma tiene un valor infinito, la muerte es terrible. El terror de la muerte y la destrucción de nuestro ser se graban de una manera indeleble en nuestra alma. La idea de la inmortalidad era entre los griegos, sobre todo antes que Sócrates, poco profunda, y tenían la vida por in-

separable de la existencia física. En la religión cristiana, por el contrario, la muerte no es más que la resurrección del espíritu, la armonía del alma consigo misma, la verdadera vida. Sólo cuando se vea libre de los vínculos de la existencia terrenal, debe entrar en posesión de su verdadera naturaleza. Tales son las principales ideas, que forman el fondo religioso del arte cristiano en contraposición del antiguo.

¿Qué hubiera llegado á ser el arte moderno, sin el descubrimiento de los tesoros de la antigüedad? No es nuestro propósito indagarlo, ni consideramos que el plantear esta cuestión pueda reportar grande utilidad. Bástanos dejar consignado que el gran suceso, conocido con el nombre de *Renacimiento*, fué un hecho necesario y lógico. El mundo antiguo no debia tener secreto alguno para el mundo moderno, ávido de conocimientos, ardiente en la investigación, dotado, por decirlo así, de una especie de segunda vista, que hace aparecer ante él los caractéres de las pasadas generaciones con maravillosa claridad. El *Renacimiento* aceleró, pues, la aparición del arte moderno; pero no es el único elemento de que éste se compone. La religión católica debia cambiar y varió en efecto sensiblemente el carácter de las artes, segun acabamos de manifestar.

Nicolás de Pisa dió ya á principios del siglo XIII el ejemplo del estudio y de la imitación de lo antiguo. Dotanello y Ghiberti consumaron y perfeccionaron la obra: ellos deben ser considerados como autores de la feliz revolución que se verificó entonces en la Escultura. Roma y Nápoles siguieron el ejemplo de la Toscana; y si los artistas Florentinos dejaron un recuerdo indeleble de su génio en el sarcófago de Santo Domingo, y en las puertas del baptisterio de Florencia, el mausoleo de Julio II nos dice que sólo á Miguel Angel fué dado hacer en la Escultura lo que Rafael de Urbino había realizado en la Pintura.

No seria justo dejar pasar esta ocasión, sin citar con el merecido elogio los nombres de los artistas que en España restauraron la Escultura mucho antes que en otras naciones de Europa. Nuestra pá-

tria, conquistadora como Roma de inmensas regiones y distintos pueblos, sufrió como ella la influencia de la civilizacion del vencido.

*Grecia capta, fœrum victorem cepit
et intulit agresti Latio.*

Muchos de los escultores españoles de aquel tiempo habian vivido en Italia: otros fueron discípulos de italianos, ó aprendieron y mejoraron su gusto por la comunicacion con los artistas de aquel país. Pero aun así no disminuye la gloria que con sus obras admirables supieron alcanzar Diego de Siloé y Gregorio Pardo, Becerra y Berruguete, Gainza, Monegro, Montañés y Cano. Las obras de Diego de Siloé en la catedral de Granada, las de Berruguete en Toledo, las de Hernandez en Castilla; el sepulcro del Cardenal Tabera, el de los Reyes Católicos en Granada, y otras muchas obras que creo excusado citar, demuestran que aun lejos del suelo italiano y de la proteccion de los Pontifices, que ocuparon en aquella época la catedra de San Pedro; lejos de los Duques de Ferrara y de Urbino, rivalizaron bajo los auspicios de nuestros reyes y de nuestros cabildos, con Luca della Robbia y Andrés de Pisa, con Dotanello y Ghiberti.

Elección más pura de los objetos, saber más profundo en la manera de representarlos, y mayor elevacion de pensamiento, fruto de un sentimiento más exquisito, son los rasgos caracteristicos de esta época gloriosa de la restauracion de la Escultura.—¿Llegaron á igualar los artistas del *Renacimiento* á los de la antigüedad, y en especial á los griegos?—Esta es otra cuestión que ha preocupado mucho á los criticos y á los historiadores de las artes, y que ha sido resuelta de muy diversas maneras. Mi objeto, lejos de entrar en ella, es sólo reclamar para la Escultura del *Renacimiento* la estimacion, que de justicia le creo debida. El arte antiguo posee su razon de ser y sus condiciones especiales, lo mismo que el arte moderno, pese á los exclusivistas que condenan sin apelacion al segundo, para ensalzar sin tasa al primero. Mientras Europa se ocupó únicamente en el estudio de la antigüedad clásica y de las imitaciones, más ó menos imperfectas que de ella habian hecho los modernos, no pudo tomar

por regla de sus juicios más que el tipo de lo bello, realizado por los antiguos con tanto esplendor. El desenvolvimiento espontáneo del arte nacional durante la edad media, la necesidad de un fondo, de una idea propia, y de una forma adecuada á esta idea, cedian ante la autoridad de las doctrinas clásicas ; y el culto entusiasta de estas últimas limitaba al artista á la simple y grosera imitacion de sus creaciones.

La reaccion verificada en Alemania é Italia á principios de este siglo, logró demostrar que ninguna forma es absoluta ; que el arte cristiano tiene su razon de ser y sus bellezas peculiares, lo mismo que el pagano, y que la Escultura del *Renacimiento* merece ser estudiada por el artista lo mismo que la de la antigüedad.

Léjos de perder con esto el arte antiguo, ha llegado á ser comprendido por los contemporáneos en su propia esfera ; y la admiracion que causan sus obras maestras, fué mayor, cuando un estudio más profundo dió á conocer la admirable armonia de sus diversos elementos y la perfeccion de su desarrollo. Hoy se reconoce la imposibilidad de reproducir este milagro artístico, sin reproducir al propio tiempo las condiciones de la vida nacional del pueblo que lo realizó, sin resucitar el paganismo, la transformacion de la idea religiosa que permitia á la religion griega descender al mundo real y armonizar con el elemento de la forma sensible , sin recordar que toda realidad estaba concentrada para los griegos en la vida terrestre, en el mundo exterior, morada comun de los hombres y de los dioses ; que todo el poder del arte se empleaba en elevar por medio del ideal el mundo real á su más alta expresion ; y que la idealizacion del hombre constituye el único fin del arte helénico. De aqui el culto de la forma humana aplicada á la personificacion de los dioses, que elevó á tan alto grado de perfeccion la Escultura griega.

El arte cristiano tiene, como acabo de recordaros, muy distinto fin y diversas condiciones. A las divinidades paganas que representaban la belleza material de la forma fisica, ha sustituido la imagen de Cristo y de sus mártires ; y en vez de la juventud eterna de los dioses del paganismo, tiene que representar la belleza del senti-

miento, el carácter verdaderamente sobrenatural y divino de los héroes y de los santos del culto católico. Al pálio y á la toga consular reemplazan la humilde túnica y el manto bíblico; ropas talares cubren la desnudez de las carnes, y el nuevo traje ofrece verdad y grandeza en sus partidos, que compiten acaso con los de la Escultura griega.

Admiremos, pues, los prodigios del arte, que la antigüedad nos ha legado; pero guardémonos de copiarlos servilmente, de intentar la estéril empresa de reproducirlos en todo su esplendor. Tanto valdría querer resucitar la civilización griega, el culto de Apolo y Diana, los juegos Olímpicos y la tumultuosa agitación del foro. Guardémonos sobre todo de despreciar al arte moderno; y cuidando siempre de que un exceso de imitación de la naturaleza, del modelo vivo, no mate la invención verdaderamente estética, desterrando de las artes lo ideal; confiemos en que podrá alcanzar días de gloria, como los que para él conquistaron Flaxman y Canova, y que el progreso de los conocimientos críticos, de la historia artística, el estudio de los museos, todo aquello en una palabra que esta ilustre Corporación estimula y protege, lograrán difundir el amor á las artes, las leyes del buen gusto, y crear artistas dignos de nuestro siglo y de la hermosa y noble carrera, á cuya prosperidad consagra la Academia todos sus esfuerzos.

Aceptad, Señores Académicos, estas breves y mal hilvanadas consideraciones sobre la Escultura, como ofrenda hecha en aras de un sagrado deber. He querido demostrar con ellas únicamente mi respeto á la clásica antigüedad, respeto que no excluye el aprecio del arte moderno, tal como nos lo legaron los artistas del *Renacimiento* y como han logrado restaurarlo en esta época otros artistas eminentes. Bien sé que estoy muy lejos de haber logrado tan difícil propósito; pero siempre conté, para suplir á lo escaso de mis fuerzas, con vuestra benevolencia; y ahora, que conozco mejor la insuficiencia de las primeras, es cuando más confío en que la última ha de ser tan grande como la necesito.

HÉ DICHO.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE

EN CONTESTACION AL ANTERIOR.

SEÑORES: Privilegio es singular de esta ilustre Corporacion el renovarse en su mayor parte á si misma; y á nadie con más exactitud pudiera aplicarse la conocida fábula del ave misteriosa que renace de sus cenizas; pues no bien la muerte le arrebata alguno de los distinguidos artistas que la componen, cuando le sucede un discípulo, un hijo suyo, formado en su seno, y amaestrado por ella para pertenecerle algun dia; así como del fecundo tronco de un árbol frondoso, brotan los tiernos retoños que van reemplazando las caidas hojas. Otras Academias buscan los neófitos que las renuevan, entre los numerosos cultivadores de la literatura y de las ciencias que ilustran al país, pero que no tienen más relacion con tales cuerpos que el lazo comun que une á cuantos emplean su ingenio y sus esfuerzos en aumentar el caudal de los conocimientos humanos. La de San Fernando recurre además á sus propias hechuras, reuniendo así dos glorias: la de abrir sus brazos á un hombre esclarecido, y la de haber contribuido á que lo sea. De esta suerte el discípulo viene á sentarse al lado de su maestro; y ambos, en tan afortunado instante, se sienten henchidos de igual satisfaccion; éste por ver cuán bien se ha logrado el fruto de su afanosa enseñanza, aquél porque sé ha mostrado digno de ella. ¡Noble estímulo para los jóvenes que intentan seguir la honrosa carrera de las Bellas Artes!

Sugíreme, Señores, estas reflexiones el distinguido artista, á

quién hoy abris las puertas de este recinto, y cuyo discurso acabais de oír con el placer sin duda que yo mismo experimento. No há muchos años le veiais, niño aún, desplegar su naciente ingenio en las aulas de nuestras escuelas; y animando sus felices disposiciones, le encaminábais por la senda que tan honrosamente ha recorrido. Salido apenas de la adolescencia, merece en público certámen ser pensionado en Roma; y allí, durante una época azarosa y poco propicia al estudio, redobla sus esfuerzos, dando en breve notables muestras de sus rápidos progresos. La estatua de Cain, remitida al segundo año de su ausencia, probó que vuestras esperanzas no habian sido frustradas, y desde entonces pudimos contar con un escultor más en nuestra patria. No ha desmentido posteriormente tan lisonjeros anuncios. Distante todavía de la edad en que el talento llega á su madurez, se ha presentado con lucimiento en los concursos públicos, arrebatando la palma, y siendo premiado con medalla de primera clase por sus bellas estatuas en mármol de Penélope y de Pelayo, estatuas que el Gobierno, á invitacion de esta Academia, creyó justo adquirir, juntamente con otras composiciones de mérito, que en aquella exposicion figuraron. Aún recordamos todos la agradable sorpresa que entonces causó el ver que nuestra estatuaria cobraba nueva vida, prometiendo á los que hoy con tanta honra la cultivan continuadores dignos de sus glorias. Aquellas dos estatuas, sin hablar de otros trabajos ejecutados despues por nuestro nuevo compañero, prueban no solamente su destreza en manejar el cincel con superior maestría, sino que tambien es capaz de ejercitarse en los más encontrados géneros. Mientras la Penélope es un dechado de que el autor conoce y logra emular el arte griego en su hermosa sencillez, la varonil figura del Pelayo revela que su genio comprende igualmente otra clase de belleza, elevándose á concepciones propias de civilizaciones diversas, y trasladando al frío mármol el alma que debe animar á seres tan distintos y de tan opuestos caractéres.

Pero no le bastaban estas pruebas de lo bien que tiene merecido el puesto que ahora ocupa: ha querido además presentar otra que sobre manera le honra, en un eruditó y elegante discurso, manifestan-

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE. 89

do que á sus brillantes dotes artísticas reúne los conocimientos literarios, y que casi al igual del cincel sabe manejar la pluma. No están reñidas ciertamente estas dos clases de mérito en España, donde un Céspedes se inmortalizó á la par como pintor y como poeta; pero repartiendo Dios con distinta medida los altos dones de la inteligencia, no debiera extrañarse que quien reproduce la belleza con admirable talento en el lienzo ó en la piedra, fuese menos feliz al expresar sus ideas en el arte difícil de Cervantes y Herrera. Vemos, sin embargo, por este ejemplo (y otros que le han de seguir lo confirmarán, así lo espero) que nuestros artistas, lejos de descuidar los estudios literarios, saben hermanarlos con los de su especial profesión, saliendo airoso de la árdua prueba que les imponen los estatutos.

¡Feliz resultado de las tendencias de este siglo! Hubo un tiempo en que se creía que el hombre, para ser profundo en una cosa, no debía ocuparse en otra; y absteniéndose de todo estudio distinto, convirtiéndose en esclavo de su profesión, sólo para ella vivía, sólo en ella pensaba, como esos egipcios que nos ha citado nuestro nuevo académico. ¡Funesto error que encerraba el ingenio dentro de un círculo estrecho! ¡Preocupación absurda, que en vez de llevar al conocimiento profundo de la materia, objeto de tan exclusivo culto, le hacia más somero y escaso, impidiendo que el arte ó la ciencia diese un paso más allá para ensanchar sus límites. Todo en este mundo está relacionado; nada puede aislar, sin sentirse herido de impotencia. En cada objeto hay una luz que se refleja sobre los demás objetos, necesitando á su vez recibir claridades de cuanto le rodea, para ver mejor dentro de si mismo. El aislamiento es la obscuridad, la paralización, la muerte; como lo sería del árbol, á quien se privase de comunicación con el sol, el aire, el agua, que deben secundarlo. Las artes y las letras, aunque valiéndose de distintos medios, estriban en los mismos principios, y tienen igual objeto: son una misma idea bajo diferentes manifestaciones; y no se pueden divorciar sin perjudicarse mutuamente, sin paralizar su respectivo desarrollo. Hermanas inseparables, forman juntas el concierto, cuya dichosa armonía produce

la obra perfecta que sólo agrada al Hacedor Supremo, y le hace mirarla como una parte de su divina esencia.

Hé aquí por qué es acertada la disposicion de nuestros Estatutos que en este cuerpo reune las artes y las letras en determinada proporcion y medida. Con efecto, Señores, ¿qué es la Academia de las tres Nobles Artes? ¿Es acaso una mera reunion de hombres dedicados á varias profesiones que ejercen á manera de oficio, y sin ver en ella más que la utilidad personal ó de la clase? No: la Academia entonces no pasaria de ser una corporacion puramente gremial. Más altos son sus destinos. La Academia es el recinto, donde tiene su asiento ese principio que todo lo anima y fecunda en el mundo: el principio de la belleza. A ella le está encomendado su culto; á ella le corresponde mantenerlo en su integridad y pureza. Su influjo es universal, extendiéndose á la materia y al espíritu. Sostenedora de las buenas máximas, cúmplele difundirlas, vigilar sobre las invasiones del mal gusto, combatir y aniquilar esos monstruos deformes, que pretenden usurpar el puesto de la verdadera hermosura. Pero ¿le bastará para ello contraerse á uno de los ramos, que abraza el imperio de lo bello? Si es la representante de una idea, ¿la representará cumplidamente limitándose á una parte de los objetos, á que esa idea se extiende? ¿No le faltaría entonces la unidad, la fuerza? Por eso aquí deben juntarse cuantos tienen por objeto la manifestacion de la belleza, sea cual fuere el modo que tengan de manifestarla. Léjos de hallarse en este sitio fuera de su lugar los literatos, están en su verdadero centro: unos y otros concurren á un mismo fin, cultivando la belleza; y los esfuerzos de todos son necesarios para llegar á ese fin, blanco perpétuo de nuestro afanoso desvelo.

Acaso me extravia la consideracion del carácter con que me siento en estos sillones; acaso la conciencia de que yo, extraño á las Bellas Artes, pertenezco sin título legítimo á la Corporacion que las tiene especialmente por objeto, me hace buscar pretextos con que cohonestar mi presencia, y el tomar la palabra donde sólo debería enmudecer y avergonzarme. Pero ya que el estar abierto este recinto á los que con más ó menos fortuna nos hemos dedicado á tareas

literarias, me proporciona este honor inmerecido, disimulad si por la obligacion que me ha impuesto nuestro digno Presidente, os detengo algunos instantes, y os hablo de lo que escasamente entiendo. No haré más que corroborar con algunas reflexiones los principios sentados por nuestro nuevo consocio, así en la teoría como en la parte histórica.

He dicho, Señores, que el objeto de las Nobles Artes, de la literatura, del arte en general, es la manifestacion de la belleza. Pero ¿qué es la belleza? ¿Cómo se llega á su conocimiento? ¿Existe una belleza absoluta, ó varia su forma al infinito? Cuestiones son estas muy debatidas, y que han dado lugar á varios sistemas. Los unos, limitándose al mundo visible, han buscado el tipo de lo bello en la mera imitacion de la naturaleza; los otros, por el contrario, prescindiendo de cuanto les rodea, se han encerrado dentro de sí mismos, y entienden sacar del espíritu solo la noción de lo que es hermoso; otros, en fin, poniéndose en un medio, piden á las sensaciones externas y á la accion interior lo que en su sentir no es posible adquirir sin el concurso de estos dos auxiliares. A este último sistema parece adherirse el autor del discurso á que contesto; y no por ecléctico, sino por expresar lo que realmente sucede, es tambien á mi ver el único admisible.

¿Podemos prescindir del mundo en que vivimos? ¿No influye sobre nosotros de un modo irresistible? ¿No amolda nuestro sér á su semejanza? ¿No avasalla, en suma, todas nuestras potencias? Pues ¿cómo no contar con él para las obras de ingenio? ¿Qué hacemos si no reproducir los cuadros que por todas partes nos presenta? Ora nos recreemos con las pinturas de esa naturaleza tan variada y fecunda; ora pongamos en juego las pasiones de los hombres; ora escudriñemos los misterios de su corazon ó el móvil de sus acciones; todo existe ya, todo se mueve, todo pasa á nuestra vista. En vano pretendemos crear; nuestro orgullo nos engaña. La creacion es sólo atributo de Dios; y cuando nos envanecemos con la ilusion de haber dado el ser á alguna cosa, tocamos en breve la triste verdad de que no hemos hecho más que reunir y combinar objetos creados y es-

parcidos por la mano de Dios en todo el universo. Hasta los móns-truos, aborto de una imaginacion enferma, vienen á ser un conjunto de partes ya existentes y que braman de verse reunidas en repugnante consorcio. Todo acusa, en fin, la impotencia de nuestra fantasia, que sólo tiene facultad para sacar materiales del mundo creado y reproducirlos.

¿Qué haria la mente entregada á sí misma? Lo que hace el ciego, cuando se le pregunta sobre los colores; lo que haria un hombre encerrado en una sala oscura y quisiese adivinar lo que fuera de ella pasa: confundirse y confesar su ignorancia. La mente sólo puede discurrir sobre objetos é ideas, que llegan á ella por los sentidos. La observacion es la mina que beneficia, y de donde saca todos los materiales de sus obras.

Pero ¿será que la mente ó la inteligencia no tenga más poder que para recoger y reunir esos materiales? Entonces sns obras resultarian confusas é inconexas, aglomeracion fortuita de objetos discordantes. ¿Será tambien que su accion se reduzca á la pura imitacion de esos mismos objetos, para reproducirlos tales cuales los presenta la naturaleza? En tal caso la inteligencia careceria de toda participacion, de toda importancia en las acciones del hombre, convirtiéndose en una máquina, en un instrumento pasivo como el daguerreotipo. No, la obra del arte no es una fotografia; y algo hay en ella que la eleva sobre esas representaciones serviles; algo tiene de ideal, algo que la ennoblee, algo por lo cual el artista, al presentarla á los ojos del mundo embelesado, puede exclamar con orgullo: esta obra es mia.

Sí; en el artista existe un trabajo que le pertenece, un trabajo que le honra, un trabajo que le eleva sobre sus semejantes. Es el descubrimiento, la reproduccion de lo bello, oculto siempre en el caos del universo, caos debido á las mil fuerzas contrarias que perturban la obra de la creacion, desfigurándola y esparciendo los elementos de la verdadera hermosura. Estos elementos tiene la inteligencia que reconocerlos, reunirlos, combinarlos; y con aquella virtud especial que el cielo le ha concedido, corregir la obra de la

corrupcion, para que el objeto reproducido vuelva á ser lo que Dios quiso que fuera. El trabajo, pues, de la inteligencia es revelar á los hombres en toda su pureza el trabajo del Omnipotente.

¡Admirable virtud que el cielo concede á pocos, y que consiste en ese sentimiento interno parecido á una revelacion, por medio del cual la inteligencia percibe lo que es bello, así como lo bueno y lo verdadero, tres cualidades que unidas por un extrecho vínculo, constituyen la perfeccion. De aquí resulta aquel tipo que sirve de norma á la inteligencia, y que el artista lleva siempre consigo para saber elegir, reunir, coordinar, para producir con muchas partes distintas un todo armónico y perfecto.

Esto hace el arte. Valiéndose á la vez de la observacion y de la inteligencia, se eleva hasta el trono del Eterno, y desde allí descorre ante el mundo admirado el velo que oculta los misterios de la creacion, y la suprema beldad de los modelos que oculta en su seno. Así el arte se confunde con la divinidad y participa de su esencia, cuando alcanza á cumplir sus altos fines, y las generaciones atónitas se humillan y le adoran en los prodigios que revela.

La imitacion, pues, sin la guia de la inteligencia, no produce más que obras incompletas, faltas de expresion y vida: la inteligencia, á su vez, sin la base de la observacion, se revuelve en un círculo infértil, y sus alardes se reducen á esfuerzos impotentes. Pero esta separacion es imposible: la imitacion reconoce al fin la necesidad de una guia; la inteligencia tiene por fuerza que echar mano de los objetos visibles; así es que los dos primeros sistemas no han existido realmente en toda su integridad. Lo que sucede, si, es que por no reconocer la justa participacion que debe darse á cada uno de estos dos necesarios agentes de la belleza, siempre que uno de ellos quiere predominar con exceso, así naturalistas como idealistas se han extraviado, produciendo obras absurdas, ora pálidas, ora exageradas, unas veces faltas de vida, otras rayando en delirantes, y siempre destinadas á perecer, porque ninguna acierta á reproducir la verdadera belleza.

Pero ¿cuál es el carácter distintivo de estos dos indispensables

instrumentos de toda creacion artistica? ¿De qué modo influye cada uno? ¿Cuál es el resultado de su respectiva concurrencia? Este carácter, este influjo, este resultado son diversos; y en ello estriba el que la belleza varie de forma, y sin dejar de ser belleza, reciba el sello peculiar de los países, de los tiempos, de las instituciones.

El universo varía y se transforma. La naturaleza es otra al influjo de los climas; las razas no se asemejan; las revoluciones lo trastornan todo; las costumbres, las leyes, en una palabra, la civilización, reciben modificaciones profundas; siguiéndose de todo esto que el cuadro de las observaciones del hombre es muy distinto segun el punto del globo en que reside y el tiempo en que ha nacido. Hé aquí, pues, un elemento variable de la belleza: ésta no puede ser la misma para los que habitan los climas helados del Norte y los que disfrutan las floridas regiones del Mediodia; para los que pertenecieron á las épocas primitivas del mundo, y los que han alcanzado sociedades ya caducas; para los que se agitan en medio de las convulsiones propias de la libertad, y los que yacen bajo el peso de las cadenas. Otras ideas, otros afectos, otras aspiraciones, producen tambien distintos modos de ver; de suerte que, así en lo material como en lo moral, los elementos constitutivos de lo bello no tienen fijeza alguna, y parecen autorizar toda clase de formas, desde las más sencillas hasta las más complicadas. Considerado el arte bajo este punto de vista, todo le seria permitido, resultando no existir en realidad lo bello, porque en el hecho mismo de serlo todo, dejaría de serlo.

¡Conclusion absurda, que desde luego se resiste al entendimiento humano! No existe, no, esa arbitrariedad que á todos nos enloqueceria, anulando el ingenio, y cegando las fuentes de nuestros más puros placeres. Algo hay dentro de nosotros, que nos dice no ser todo bueno, todo aceptable, y que lo deformé, lo repugnante, no puede formar parte de lo que está destinado á deleitarnos. Y no es esto sólo un sentimiento ciego y confuso: es otra facultad más elevada, que obra con discrecion y discernimiento, que sabe lo que se hace, y está guiada por un criterio racional y seguro. Con efecto, si es atributo de la Divinidad el conocer y fijar la perfeccion en todo, Dios, que

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE. 95

crió al hombre, que le dió una alma á su semejanza, ¿dejaría de concederle alguna parte de ese celestial atributo? No: Dios ha querido que el hombre fuera tambien conocedor de lo perfecto; y para ello le ha dotado de esa facultad preciosa, colocándola en su inteligencia.

La inteligencia es, pues, la regla en medio de ese intrincado laberinto de cosas que nos presenta el universo. Este es variable, pero aquella es fija; éste es confuso, pero aquella es clara; éste es múltiple, pero aquella es una. Lo que el universo tiende á modificar, la inteligencia procura conformarlo con aquel tipo de que he hablado anteriormente, y le señala el límite de las variaciones legítimas. Enhorabuena una nueva civilización traiga nuevos elementos de belleza: al percibirlos por medio de los sentidos, la inteligencia los juzga, y los admite ó rechaza, teniendo presente ese mismo tipo, el cual tambien se modifica, mas siempre con sujeción á la voluntad inalterable del Omnipotente, donde á su vez reside el Prototipo supremo de lo perfecto en todo. En suma, cada clima, cada edad, cada civilización, puede tener un diferente tipo de lo bello; pero ese tipo no deja nunca de existir, no es jamás arbitrario; y á la inteligencia, no al capricho, le es dado sólo fijarlo. La obligación del artista es el estudiar para llegarlo á conocer, sea cual fuere el sitio en que se encuentre y la civilización en que viva.

Ved aquí, Señores, justificado el aserto de mestro nuevo compañero, al asegurar que en toda obra del arte hay una parte ideal y otra de imitación. Así lo han practicado siempre los buenos ingenios de todas las edades; y sólo se han apartado de semejante sistema los que, por error ó vanidad, han osado sacar las artes y la literatura de sus verdaderas sendas.

Sentados estos principios, ¿podremos decir que con los tiempos ha podido variar el carácter de la Escultura? Ciertamente que sí. ¿Habrá existido tambien en todas épocas un criterio para guiar á sus cultivadores? Indudablemente. En el bosquejo, que ha trazado en su discurso el nuevo Académico habeis podido verlo, y no seré yo quien repita ó ose reformar un cuadro hecho de mano maestra, si bien á

grandes rasgos. Sólo me permitiré una reflexion. La Escultura, Señores, tuvo en tiempos remotos una extension, una importancia de que carece en los tiempos modernos. ¿Por qué? Porque la Escultura era la verdadera personificacion de la antigüedad, y no lo puede ser de la época presente. La estatua, por su sencillez, corresponde á una edad más próxima á la naturaleza, edad en que falsos adornos no ocultan todavía la belleza de las formas, en que el hombre vale mucho por sí mismo, y en que el materialismo domina casi exclusivamente. Cargad la estatua de ricos ropajes, y la desfigurais; pedid grupos á la Escultura, y os responderá que la complicais, contrariando su objeto: emplead la materia inerte en la expresion de los sutiles conceptos del entendimiento, y la encontrareis incapaz de prestarse á vuestros intentos. El espíritu predomina á tal punto en nuestra civilizacion, que no puede ser su viva imagen lo que exige desnudez, personalidad y fijeza.

La estatua es además el objeto predilecto de todo pueblo ardientemente apasionado por lo bello. Es, digámoslo así, el tipo en que esta calidad se reconcentra, y donde el hombre contempla más complacido sus propias perfecciones. Allí ve las formas, con que le ha dotado la naturaleza, y se adora á sí mismo, bien sea en la representacion de sus héroes, bien en la imagen de sus dioses, cuyo semblante y pasiones se le asemejan tanto. Estableciendo una escala por medio de la estatua entre la tierra y el cielo, pasa de su casa á la plaza pública, y de la plaza pública al templo. Contemplad á Roma: sus muros encerraban una inmensa población de estatuas, entre las cuales circulaban los vivos, teniendo como un trato diario con los muertos, y recordando sus hazañas: historia tangible y perenne, superior á la que contienen los libros, y que dejaba en los pechos honda impresión, despertando el patriotismo. ¡Ah, cuánto más decían aquellas imágenes al aire libre, en los sitios de las luchas y de los triunfos, que encerradas ahora en nuestros silenciosos museos, objeto triste de una piadosa curiosidad! ¡Sublime espectáculo que no existe ya en la ciudad moderna, donde vegetamos sin hallar vestigio alguno de nuestras glorias, ni ejemplos que nos alienten á reprodu-

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE. 97

cirlas! Y es porque la Escultura en la antigüedad era un culto, y ahora apenas pasa de un adorno.

Desgraciadamente, cuando el sentimiento religioso vino á ser irrisorio en la sociedad antigua, cuando desapareció el patriotismo á par con la libertad, la Escultura se envileció, sirviendo sólo para la apoteosis del crimen ó de la tiranía. Entonces Demetrio Faléreo inunda á Aténas con sus trescientas estátuas; Neron insulta á Roma con su descomunal coloso; y no hay emperador, por despreciable que sea, que no obtenga doradas imágenes con los honores divinos. Los bárbaros hicieron justicia de tanto orgullo y protervia; y aquel pueblo de bronce y mármol vino al suelo, confundidos los héroes de la República con los esclavos del Imperio, los dioses con los que habían osado usurpar su puesto en los altares.

Otra revolucion grande y trascendental contribuyó tambien á que desaparecieran las innumerables obras de la estatuaria griega y romana: la aparicion y triunfo del Cristianismo. ¿Qué podian ver los primeros fieles en esos monumentos que por todas partes ofendian sus ojos? El consentimiento de la idolatria, y la consagracion de un perpétuo escándalo para los adoradores del verdadero Dios; la apoteosis de los crueles tiranos, que durante más de tres siglos habian apurado toda clase de tormentos, para ahogar en sangre la fé del Salvador. Semejantes testimonios de impiedad y abominacion eran intolerables para los que, animados de firmes creencias, ansiaban purificar el suelo de tantos horrores, y santificarlo con el nuevo culto. Así, el Cristianismo ayudó, y aun se anticipó á la obra destructora de los septentrionales, con tanta más eficacia cuanto que, no movido por una ignorancia pasajera, hubo en su odio sistema y perseverancia. Solamente los ríos, las cuevas, los montones de ruinas fueron entonces guardianes de los escasos restos que de tanta riqueza se salvaron, restos que desenterrados despues, han hecho revivir para los modernos el arte, que en épocas remotas habia embelesado al mundo.

¿Es esto decir que el Cristianismo proscribiera la estatuaria, ahogando el arte para siempre? No por cierto. Si el Cristianismo persiguió una clase de Escultura, fué para reemplazarla con otra. El Dios

de esta sublime creencia, como ser inmenso, infinito, invisible é impalpable, aunque presente en todas partes, no era susceptible de verdadera representacion; pero lo era su Divino Hijo encarnado bajo la forma humana; éralo su Santisima Madre, dechado de beldad pura y perfecta; éranlo tambien los innumerables héroes de la fé, harto más grandes que los que hasta entonces habian ejercitado el diestro cincel de los escultores. Estos hallaban ámplia materia en que emplear sus talentos; y en breve una nueva estatuaría vino á ocupar el puesto de la que iba desapareciendo.

Distinto carácter tenia forzosamente que ostentar el arte en esta radical trasformacion. Ya no se trataba de reproducir la belleza terrenal, ora en las mórbidas formas de una impúdica Venus, ora en la robusta musculatura de un temido guerrero. En vez de altanería ó de lascivia, teniase que retratar la modestia, la santidad, la pureza; desaparecia la desnudez que era el ornato de las antiguas estátuas, y sustituianla las ropas largas ó los toscos sayales. Sólo era permitido descubrir el cuerpo, cuando le revestian las reliquias del sufrimiento, siendo sus galas la extenuacion, las llagas y la sangre. Los contornos graciosamente redondeados se convertian en líneas prolongadas y angulosas. Los rostros no expresaban ya el deleite ó el furor, sino las huellas de un dolor intenso, mezclado con el placer de sufrir por el Dios de las piedades, y la esperanza de recibir el premio de los padecimientos. Para una imagen, sin embargo, reservaba el cincel toda la suavidad de sus toques. Para la imagen de la Madre de Dios, cuando llena de juventud y celestial amor, lleva en sus brazos al Divino Niño, ó le contempla adorándole, como la esperanza del mundo y el redentor del linage humano. Así, la estatua cristiana llora; pero llorando expresa el júbilo: representa la humildad; pero al través de ella se descubre al triunfador dichoso: reproduce todas las agonias del martirio; pero en medio de esas agonías se trasluce la posesion de una bienaventuranza eterna. En fin, todo lo humano desaparece de esta escultura simbólica, para no quedar más en ella que lo que procede de la mansión celeste, ó lo que conduce á ella.

Y con todo, una secta fanática vino á interrumpir el vuelo de la Escultura cristiana, proclamando la destrucción de todas las imágenes; pero esa secta impotente, rechazada por la inmensa mayoría de los fieles, no consiguió más que afianzar el triunfo de la nueva estatuaria. Y ¿cómo podía ser de otro modo? ¿Cómo la religión cristiana había de proscribir la Escultura? ¿Cómo una religión esencialmente civilizadora había de renunciar al arte, esto es, al medio más poderoso de civilización y de cultura? Esto sólo le estaba reservado á otra religión, que á pesar del vano alarde que hizo de ser continuadora de la ciencia antigua, vino al fin á matarla, convirtiéndose en viva representación de la barbarie. El Islamismo, proscribiendo la representación plástica; esclavizando la mujer, hizo perder á sus sectarios toda idea de lo bello; y con esta idea perdió también toda posibilidad de mejora, toda aptitud para producir cosa alguna, donde se halle impreso el sello del genio y de la grandeza. Admirense en buenhora sus soberbias mezquitas, sus asiligranados alcázares; celebrese la esbeltez de sus formas, lo gracioso de sus adornos, lo complicado de sus dibujos geométricos: ¿dónde se halla en todo eso el verdadero arte? ¿Dónde está el genio? ¿Cuál es la idea que tan intrincado artificio representa? ¿Hay en ello algo de espiritual, algo que eleve el alma á la contemplación del Eterno, algo que despierte siquiera sentimientos de honor, grandeza ó heroísmo?—No: sólo un materialismo sensual se revela en tan frágiles y pasajeras creaciones. Moradas del orgullo, en que únicamente se albergan el poder y la riqueza; cárceles, donde yace envilecida la más bella mitad del linaje humano, para exclusivo deleite de la otra mitad, no para ser su compañera, su consuelo, su inspiradora; receptáculos de perfumes que enervan el alma, y en las volátiles nubes del humo que lanzan, simbolizan lo fugaz de esa civilización estacionaria, destinada á desaparecer; esos monumentos del arte musulman que no anima siquiera una figura que recuerde la vida, no pueden competir con el arte cristiano, cuyo divino encargo es extenderse por todos los ámbitos del mundo, ser poderoso vehículo de regeneración, y realizar todos los bienes, que promete al hombre la única religión verdadera.

En tan grandioso trabajo, preciso es confesar que no se halla sola la Escultura, y que la ayudan maravillosamente sus otras dos hermanas. Digamos más: acaso éstas la preceden, y sobre todo la pintura que se presta mejor á la expresión del espiritualismo..... Pero las consideraciones que de aquí se desprendieran pudieran llevarme demasiado lejos, y es fuerza detenerme. Básteme decir por último que el arte en general, abrazando en su conjunto todos los medios de reproducir la belleza, ya por palabra, ya por los colores, ya por la materia inerte, aprovechándose de las mejoras que ha traído la marcha progresiva de los siglos, y depurado por la luz que derramó sobre el Occidente la época del Renacimiento, se encuentra hoy elevado á tal altura, que sin tener nada que envidiar á sus primitivas creaciones, las aventaja en influencia civilizadora.

Cultivémosle, Señores; y para esto continuemos llamando á nuestro seno á cuantos se distinguen en estas nobles tareas. Araigamos sobre todo á esa juventud que nos ha de reemplazar, y que tiene sobre nosotros la ventaja de haber nacido y de formarse en una época de libertad. La pérdida de la libertad, ya lo he dicho, fué en lo antiguo la ruina del arte. Con su resurrección, con su unión al espíritu cristiano, el arte moderno recibirá nuevo impulso; y contrayéndome al objeto de este discurso, esperemos todos que cese algún día esa soledad en que la estatuaria tiene hoy á nuestras poblaciones. No bastan los simulacros de unos pocos reyes para llenar el vacío, de que me he lamentado. Héroes tenemos, que aguardan un honor que hasta ahora se les niega; héroes tendremos todavía, que reclamarán la misma recompensa. Algun ejemplo se ha dado: no desmayemos en tan noble carrera. La patria al fin pagará su deuda; y dia llegará en que al menos nuestros nietos se paseen ufanos en medio de nuestras glorias, contemplando las augustas efigies de sus antepasados, y bebiendo en esa fuente pura los altos afectos, que han de contribuir á restituirle su esplendor primero. ¡De qué no serán capaces cuando puedan, á un mismo tiempo, adorar en el templo á nuestros grandes santos, admirar en la plaza á nuestros grandes hombres!

